

## **CRÓNICAS TAURINAS DE UN MATADOR DE PRESTIGIO “GALLITO”**

La muerte en el ruedo de un matador de toros no siempre ha sido noticia, sobre todo porque la profusión de medios de comunicación no siempre ha sido la de ahora; y desde luego nunca hubo en el pasado esa mal entendida oposición al toreo que tienen quienes se dedican a presumir en las redes de alegrarse de las desgracias que acabaron con la brevíssima existencia de los matadores Iván Fandiño y Víctor Barrio. La incultura generalizada, fomentada desde el poder político y algunas cadenas de televisión putrefactas para convertir a los españoles en una pandilla de borregos más preocupados del fútbol y de los famosos que hacen con cacerolas en la televisión lo que cada cual hace en su casa cuando le da hambre, ha despertado en los sentimientos de algunos progres de pacotilla la alegría por el trágico final de vidas tan jóvenes como las de los citados toreros, como ya sufriesen Paquirri en 1984 y el Yiyo en 1985, pues ningún torero muere en el ruedo a edad avanzada por motivos que no hace falta decir aquí.

Antaño la profesión de torero era respetada por todo el mundo en España: era una diversión muy asentada en los tiempos en los que para bien y para mal no se habían inventado los teléfonos móviles y todavía se podían cruzar las calles sin tener que mirar a los lados para evitar a los coches. Y fueron muchos los que cayeron bajo los cuernos.

Hace casi un siglo murió corneado en Talavera de la Reina (Toledo) el matador José Gómez Ortega, “Gallo”, hermano del también matador Rafael “el Gallo.” Era el 16 de mayo de 1920. Tenía 24 años. Su muerte conmocionó al pueblo, que pudo leer en la prensa diferentes crónicas al respecto. He aquí un ejemplo:

*Cogida y muerte de José Gómez (Gallito.)*

*El más grande de los lidiadores ha muerto ayer en la plaza de toros de Talavera de la Reina, víctima de una cornada en el vientre, que le produjo un toro de la ganadería de Ortega.*

*La noticia, que se extendió rápidamente por todo Madrid, causó la pena natural, pues con la muerte de José Gómez Ortega ha desaparecido para el arte taurino el torero completo, el lidiador singularísimo que estaba en posesión de aptitudes privilegiadas.*

*Nadie como él; nadie pudo superarle y él superó a todos; él hizo con los bichos mayores cosas y mejor hechas que ninguno; él era tan valiente como el que más, y él dominaba a los toros tanto como quien más los pudiese haber dominado.*

*¡Pobre Joselito!*

*En plena juventud, en pleno triunfo, cuando estaba en lo más alto del pináculo de la gloria, cuando era el lidiador famoso consagrado por unos y otros, cuando ya estaba considerado como el indiscutible número uno, un toro de una vacada de última categoría quita la vida al*

*torero cumbre, al que fue tan bueno como el que más, al que enloqueció las multitudes un sinfín de veces, al que amaestraba los cornípetos con su dominio, con su inteligencia, con su valor.*

*A los que decían que Joselito no exponía, deben tener un remordimiento de conciencia eterno; a los que decían que el toreo de este diestro no tenía toda la necesaria emoción, a esos hay que perdonarlos, porque ignoraban la diferencia que existe entre el toreo de emoción unido a los necesarios conocimientos, y el toreo que, desprovisto de base, no tiene otra cosa nada más que valor.*

*¡Pobre Joselito!*

[Comentario inicial del cronista Paco Media-Luna en su larga crónica para la revista taurina “El Toreo”, en su edición número 2.701, de 17 de mayo de 1920.]

Entre los poetas que regalaron a la poesía versos sobre la nefasta faena, varios de los más destacados en el panorama literario del momento. Veamos:

Pedro Muñoz Seca:

¡Talavera! ¡Talavera!, / qué triste suerte. / En tu plaza bullanguera / de una cornada certera / halló Gallito la muerte. / Gallito, el mejor torero. / El más artista. / ¡El primero! / El que en un día nefando / llegó a tu plaza cantando / las coplas del Espartero. / ¡Talavera! ¡Talavera! / Noble ciudad castellana, / en tu escudo y tu bandera / por una capa torera, / con un traje de oro y grana. / Los colores que él lucía / cual una hispana aureola. / ¡Oro y grana! / ¡Parecía / que aquella tarde vestía con la bandera española! / Y tú viste, Talavera, tú viste / cómo un mal toro rasgaba / aquella bandera que yo recordando / lloro como llora España entera. / ¡Ah! Pobrecito Joselito. / ¡Pobrecito!, el gran torero, / el artista favorito. / ¡Cuando murió el pobrecito / lo mismo que el Espartero!

Gerardo Diego:

«Lenta la sombra ha ido eclipsando el ruedo. / Ya grada a grada va a colmar la plaza. / Vino triste de sombra, vino acedo. / El torero / tiñe ya casi el borde de la taza. / Fragilidad, silencio y abandono. / Cobra el gentío un alma de paisaje / mientras siente el torero hundirse el trono / y apagarse las luces de su traje. / ¿Y para qué seguir? La gloria toda / no redime un azar de

aburrimiento. / Lo mejor es dormir –ancha es la boda- / Largo y horizontal a par del viento. / Un lienzo vuelto, una última voz –toro-, / un gesto esquivo, un golpe seco, un grito, / y un arroyo de sangre –arenas de oro- / que se lleva –ay, espuma- a Joselito. / José, José, ¿por qué te abandonaste / roto, vencido, en medio a tu victoria? / ¿Por qué en mármol aún tibio modelaste / tu muerte azul ceñida de tu gloria? / Y todo cesó, al fin porque tú quisiste. / Te entregaste tú mismo; estoy seguro. / Bien lo decía en tu sonrisa triste / tu desdén hecho flor, tu desdén puro.»

Rafael Alberti:

«Llora, Giraldilla mora, / lágrimas en tu pañuelo. / Mira cómo sube al cielo / la gracia toreadora. / Niño de amaranto y oro, / cómo llora tu cuadrilla / y cómo llora Sevilla.»

Miguel Hernández:

«Bello, moro y español / como la Torre del Oro, / catedral de luz cristiana, / con el bulto transitorio / iba Joselito el Gallo / de punto en punto redondo. / Como Dios, por todas partes / estaba: por los periódicos, / por los muros, por las bocas, / por las almas, por los cosos... / ¡adiós, Joselito el Gallo! / Adiós torero sin otro! / Dejas el ruedo eclipsado / su círculo misterioso / con la soledad del sol / y la soledad del toro. / A todos les viene ancho / aquel anillo sin fondo / que a tu vida se ajustaba / cabal y preciso, como / hecho de encargo por Dios / para tu arte y tronco».



**Jesús Daniel Laguna Reche**